

Presentación "La viga maestra y el sueldo de Chile", de Patricio Meller

Ascanio Cavallo, periodista y analista político

Este es un libro lleno de datos. Datos duros, como le gustan a Patricio, datos que refutan, confirman o matizan ideas y que a veces tienen el poder de transformar las viejas ideas en ideas nuevas. La paradoja es que este libro comienza con un dato blando: la relación conflictiva que ha tenido la minería del cobre con la sociedad chilena.

Este desencuentro tiene muchas raíces y expresiones, pero para los efectos del desarrollo económico comienza con Raúl Prebisch y su teoría del "deterioro de los términos de intercambio", que suponía que el motor del desarrollo debía ser la industrialización y no la explotación de recursos naturales; sigue con la teoría de la "dependencia", que dividía al mundo entre centro y periferia; y se ha prolongado en la "maldición de los recursos naturales", según la cual los países con recursos naturales crecen menos que aquellos que no los tienen.

Estas teorías -especialmente las dos primeras, con el agregado más radical de la teoría "del hambre", de Frantz Fanon- dominaron ampliamente el debate chileno sobre el papel del cobre entre los años 50 y 70 y motivaron a los dos principales gobiernos reformistas del siglo XX, los de Eduardo Frei y Salvador Allende, a buscar distintos caminos de apropiación de la riqueza minera, quitándolos de las manos de compañías extranjeras (en especial de EE.UU.). Frei y Allende establecieron los dos conceptos ("viga maestra" y "sueldo de Chile") que forman el título de este libro. Más insistente que ellos, como profeta en el desierto, fue Radomiro Tomic, que libró una vida de lucha por instalar la importancia definitiva del cobre en las cabezas de los chilenos. Este recuerdo histórico es relevante por al menos tres razones:

- 1) Lo que comenzó como una idea de grupos minoritarios en los 50 derivó, en menos de 20 años, en una especie de consenso general a comienzos de los 70, que se expresó con la votación unánime en el Congreso, incluida la totalidad de la derecha, del proyecto de "nacionalización" completo del cobre. El caso del cobre es casi una demostración local del poder que las ideas pueden tener, por minoritarias que en un comienzo puedan ser, sobre la economía de un país.
- 2) Parece existir cierta relación entre los ciclos de altos precios del cobre y el reinicio de la discusión sobre qué hacer, cómo explotar y cómo aprovechar esta riqueza. Los números de Meller demuestran que, ajustados los valores relativos del dólar, el ciclo anterior de altos precios, similar al de 2005 en adelante, ocurrió entre 1965 y 1975, los años de fuego del cobre, justo en el clímax del debate sobre la nacionalización. Nadie debería extrañarse de que ahora, en un ciclo parecido, la propiedad del cobre haya entrado en la agenda de los críticos del modelo económico, incluyendo, de manera muy central, a los estudiantes secundarios y universitarios; y

- 3) En los últimos años, la "maldición de los recursos naturales" ha sido sutilmente desplazada por la "maldición de la economía extractiva", una teoría desprendida del ambientalismo radical, según la cual la explotación de recursos extractivos compromete el futuro de la humanidad. Esta ideología es relevante porque se disemina a escala planetaria, apunta a la interrelación de los mercados y se combina muy bien con las aprensiones apocalípticas de comienzos del siglo XXI (calentamiento global, cambio climático, efecto invernadero, etc.).

Es probable que muchos de los críticos del modelo no sepan que uno de los factores determinantes en la producción de cobre, los trabajadores, no estuvieron con el proyecto de izquierda de Salvador Allende. Los sindicatos cupríferos se colocaron en oposición a la Unidad Popular, hasta el punto de que ésta llegó a motejarlos como "la aristocracia obrera". De haber aplicado los postulados maximalistas que se utilizaron en otras áreas productivas, el cobre debió haber sido entregado a sindicatos que eran rabiosamente opositores del gobierno.

Del mismo modo, ignoran u olvidan que la refundación capitalista emprendida tras el golpe de Estado de 1973, con su "trilogía estructural" de precios libres, apertura externa y privatizaciones, sólo encontró un muro en la explotación del cobre. Ese muro lo levantaron las propias Fuerzas Armadas, y en especial el Ejército, que rechazaron todos los esfuerzos de los conductores civiles de la economía (los "Chicago boys") por privatizar Codelco, con la convicción, instalada por Frei y Allende, de que el cobre era una pieza estratégica de la integridad y la proyección de Chile. Más aún, la cuestión del estatuto de la minería en el orden nacional fue la última de las discusiones acaloradas de la Constitución de 1980, y una vez que los militares impusieron su punto de vista, el entonces ministro José Piñera debió extremar su ingenio para encontrar la forma de dar cabida al capital privado. Ese es el origen de la política de concesiones.

El desfiladero encontrado por el ministro Piñera a comienzos de los 80 sólo vino a encontrarse con su destino en los 90, cuando América Latina -y no sólo Chile- comenzó a competir, ya no por rechazar la inversión extranjera, sino por atraerla en volúmenes cada vez más significativos. A fines de los 90, las cifras de inversión externa en un campo un poco menos fluctuante, como es el de la energía, llegaron a niveles récord, sin que fuesen obstaculizadas por la institucionalidad ni los movimientos sociales. Esas cifras han ido en retroceso, en parte debido a alteraciones en el marco competitivo externo y en una parte muy importante por las cavilaciones mostradas por los gobiernos. La institucionalidad ambiental, por ejemplo, como quiera que fuese imperfecta o mala, fue dinamitada por el actual gobierno con la cancelación del proyecto Barrancones, que resultó desbaratado por una llamada personal del Presidente. Desde entonces, todos los proyectos industriales con recursos naturales han quedado en un limbo de incertidumbre.

Estas cosas no están en el libro. Las menciono sólo porque confirman la idea -que sí pertenece al libro- de que tanto las organizaciones de base social como las elites dirigentes chilenas han vivido un similar estado de confusión respecto del papel de los recursos naturales, y sobre todo del cobre, en el desarrollo del país.

Meller y sus asociados demuestran, con datos abrumadores, el peso inmenso que la minería del cobre tiene en los indicadores macroeconómicos de Chile, y sus contradicciones con los indicadores regionales y comunales de las zonas donde actúa esa minería. Lo hacen paso por paso, sin descuidar ninguno de los aspectos relevantes de esas operaciones, incluyendo sus proyecciones físicas, tecnológicas y de consumo.

Si tuviera que señalar una ausencia en el análisis, mencionaría algo que me parece enigmático: el veloz crecimiento de los servicios financieros en paralelo con la minería, que se muestra en el análisis del PIB sectorial de Jacques Clerc.

Pero esto es lateral frente al dato más impactante: si Chile hubiese mantenido las políticas y la institucionalidad que prevalecieron entre los 60 y los 80, el PIB del 2010 habría sido un 45% inferior. No hay una buena razón para pensar que las cosas se han hecho tan mal. Pero tampoco hay una buena razón para creer que seguirán tan bien en el voluble escenario de la globalización, la innovación tecnológica y las demandas ambientales.

Es verdad, como dice el libro, que Chile sufre un cierto complejo frente a su identidad como país minero. Esta culposidad tiene poderosas raíces culturales, desde Baldomero Lillo a Manuel Rojas, pero también es verdad que la reactivan cada cierto tiempo episodios que confirman su potencial peligroso y trágico. El gobierno intentó convertir el caso de la mina San José y los 33 mineros atrapados en una demostración de solidaridad patriótica y capacidad técnica, cuando el verdadero problema no estaba en el rescate (propio de un país desarrollado), sino en el hecho mismo que de un grupo de mineros quedara sepultado, lo que es más propio de un país subdesarrollado. Esa disfasia comunicativa refleja el ambiguo estatuto intelectual que tiene el cobre en la elite política, confirmado por el hecho de que, después de ese accidente (que produjo un candidato presidencial fallido), el Ministerio de Minería volvió a ser la especie de oficina de partes que ha sido en los últimos 15 años.

Meller parece suscribir, al menos en parte, la tesis de la "calidad de las instituciones" desarrollada por Daron Acemoglu y James A. Robinson, según la cual el progreso de los países depende menos de sus riquezas que de la provisión de señales e incentivos de largo plazo (que es lo que hacen las instituciones). En esta línea, convoca a la construcción de una política (público-privada) que convierta al cobre en el centro de un gran cluster donde se produzca, ya no sólo mineral, sino sobre todo conocimiento, tecnología de avanzada y experticia exportable. Sus conclusiones -que no voy a adelantar- están blindadas por las más de 200 páginas que las preceden, por difíciles que algunas de ellas resulten de leer.

Termino con una impertinencia. En el 2010, justo en el año de un cambio de gobierno, Patricio publicó un libro llamado "Carreras universitarias". Bajo ese título -el más fome que se me pueda ocurrir- anticipó todos los antecedentes materiales que sugerían la inevitable explosión de una crisis universitaria, la que se produjo al año siguiente, el 2011. Entonces condensó todos los datos duros de ese primer trabajo en uno mucho más breve, pedagógico y con un título directo: "Universitarios, el problema no es el lucro, es el mercado!". Me parece que estamos ahora ante un hecho similar. En otro año de cambio de gobierno, Meller le plantea al país un texto sin fisuras y un conjunto de conclusiones atrevidas. ¿La asumirán desde ya los que se proponen como líderes futuros de Chile? ¿O tendremos que esperar, para uno o dos años más, la versión sintetizada de este libro, que se podría llamar "Chilenos, el problema no es el crecimiento, es el cobre!".

Santiago, 10 de junio de 2013